

# Etnicidad, alcohol y aculturación\*

MATTHEW C. GUTMANN\*\*

**Ethnicity, alcohol and acculturation.** *In social as well as in behavioral sciences there is a strong correlation between alcohol abuse and ethno-national origins. Changes in drinking patterns as well as drinking problems among immigrants to the United States are often mistakenly attributed to acculturation, just as the etiology of alcohol abuse and alcoholism is often erroneously traced to the "ethnic origins" of these men and women. In addition, and for the same reasons, researchers and practitioners may have thus unwittingly influenced the perceptions and understandings of this population in regards to the relationship between particular ethnic groups and alcohol consumption. This paper summarizes how the term "acculturation" has been historically employed in anthropology and more recently in alcohol studies. Preliminary findings have been reported from ethnographic fieldwork with Latin America-born men living in San Francisco bay area.*

**Key words:** *Ethnicity, acculturation, alcoholism, immigration, Latin America-born men.*

Como se utiliza en los estudios acerca del consumo étílico contemporáneo en Estados Unidos, el término *aculturación* en el mejor de los casos no ha sido definido ni empleado con claridad y, en el peor, ya no es útil para describir los cambios culturales experimentados por millones de inmigrantes a aquel país. La terminología misma de la aculturación está tan repleta de nociones prosaicas con respecto de rasgos del carácter nacional que, incluso si alguna vez fue útil para atraer la atención a temas de diversidad y conflicto culturales, en la actualidad sirve con demasiada frecuencia para crear, alimentar y acentuar estereotipos etnonacionales acerca del uso y abuso del alcohol.

Los prejuicios relativos a la aculturación se basan en muchos sofismas, entre ellos se encuentran: 1) que la mayoría de los cambios en el consumo étílico, que se experimentan al cabo del arribo de los inmigrantes a

Estados Unidos, se atribuyen al influjo de la cultura estadounidense; 2) que las transformaciones que ocurren simultáneamente en los países de origen de dichos inmigrantes no son importantes y que los patrones de ingesta de bebidas alcohólicas y no la diversidad intracultural son propios de tales países; 3) que la identificación etnonacional con el país natal disminuye característicamente con el tiempo pasado en Estados Unidos, y que raramente se intensifica, por ejemplo, como respuesta al racismo experimentado en aquel país; y 4) que el modelo unilineal de migración internacional, vigente desde hace muchos años, es más válido que el multilineal y de circuito. Además, este problema está lejos de representar un interés académico pasajero, ya que tales estereotipos son dañinos para los pacientes y clientes de los programas de prevención y tratamiento del mal en cuestión.

---

\* Artículo recibido el 15/04/02 y aceptado el 28/07/02. Traducción de Víctor Cuchí Espada.

\*\* Department of Anthropology, Box 1921, Brown University, Providence, Rhode Island 02912, USA.

## Ramificaciones prácticas del discurso académico

El impacto de algunas presunciones académicas era evidente en una sesión de asesoría efectuada por el Centro de Asesoría de Adicciones en el Área de la Bahía de San Francisco. En esa ocasión, Jimmy, un obrero blanco de unos cincuenta años de edad, dijo al grupo que se había drogado desde que llegó a San Francisco en los años sesenta. Había comenzado entonces con el LSD, siguió con otros narcóticos y más recientemente con la cocaína. Francamente, aceptó Jimmy, le tomó casi treinta años dejar el abuso de drogas.

El comentario más revelador de Jimmy sobrevino, empero, cuando intentó explicar a los demás el origen de su ansia por el alcohol y otros estupefacientes. Dijo simplemente que “soy de origen alemán y me encanta beber”. Su origen etnonacional y ancestral conformaban, creía, la causa primordial de sus problemas de adicciones.

El que la percepción de Jimmy no sea del todo singular fue evidente al escuchar al segundo sujeto que habló esa noche, en marzo de 1997. También un obrero, aunque mucho más joven, de aproximadamente treinta años de edad, Dennis, habló de su adicción a las metanfetaminas, de la prohibición judicial de acercarse a su madre, que le impedía visitarla o ir a su hogar, y de su ambivalente admiración y celos hacia su hermano, el cual acababa de recibirse en la Universidad de California en Santa Cruz. Inspirado por el comentario de Jimmy, respecto a su origen alemán, Dennis aseveró, “Bueno, yo también soy en parte alemán. Y a mi lado alemán le encanta beber”. Pausó y luego agregó: “Pero la otra parte, que es india y filipina, no lo pueden soportar”.

En otras palabras, el problema de las adicciones, tal como Dennis lo entendía, se asociaba con inclinaciones ancestralmente predeterminadas y con la intolerancia al alcohol y demás drogas, tanto que, dentro de los confines de su cuerpo, se libraba un combate con raíces genéticas internacionales, incluso si el campo de batalla era ahora más restringido.

Las teorías que formulan los orígenes étnicos y nacionales del alcoholismo son, por lo mismo, importantes no sólo para los investigadores, sino también para muchos adictos y alcohólicos. Las implicaciones relativas a una fuerte correlación entre la geopolítica y las ansias hondamente corporales de los alcohólicos confieren un significado nuevo y ampliado a la descripción de Emily Martin (1994: 263) del “cuerpo como Estadonación”. Aquí, el alcoholismo adquiere proporciones somáticas globales.

En una era de renovada atención hacia, e identificación con, la etnicidad, la raza y el multiculturalismo en

la academia y más ampliamente en la sociedad estadounidense, vale la pena inquirir en torno a la incidencia de las ciencias sociales y del comportamiento en las asociaciones que se establecen entre inquietudes específicas de la salud, como el abuso étílico y el alcoholismo, y los orígenes etnonacionales. Si bien de manera involuntaria, en sus esfuerzos de emplear e impulsar una mayor sensibilidad en torno a la diferencia racial y étnica, inconscientemente muchos estudiosos pudieran estar de manera burda asignando y estimulando estereotipos redivivos afines a los del modelo de “rasgos de carácter nacional”. En Europa y Estados Unidos, escribe Stolcke (1995: 8), vivimos en un periodo de “fundamentalismo cultural”, en donde “poseer una nacionalidad [“la cultura nacional”] es natural”. Ésta es igualmente una época en la cual ideas y conductas de todo género, como los patrones de consumo étílico, se asocian rutinariamente a nociones de rasgos de cultura nacional.

Cuando diversos campos disciplinarios parecen haber descubierto la cultura y la etnicidad es fácil perder de vista una lección fundamental de la investigación antropológica acerca de esta problemática formulada en décadas recientes. Como Herzfeld (1987) arguyó acertadamente, en cierto sentido los modos exóticos de la gente alrededor del mundo no se vuelven “culturales” hasta que los occidentales no les atribuyen una forma tipológica (véase también Das, 1995). O sea, el propio acto de etiquetación cultural a menudo crea por sí mismo, de modo análogo a como informa, las costumbres, hábitos, ideologías y conflictos ocasionados, por ejemplo, por el consumo de bebidas embriagantes entre los “alemanes”, o los “filipinos”, o los “indígenas estadounidenses”.

¿Cómo se utiliza la aculturación para describir los cambios conductuales y culturales presentes en las experiencias de migración y de consumo alcohólico de hombres y mujeres latinoamericanos que ahora residen en Estados Unidos? Además de revisar la literatura orientada a responder esta interrogante, recurrí a la investigación etnográfica del Área de la Bahía de San Francisco, en los centros de asesoría en adicciones (*Addictions Counseling Centers* o ACC), y a un trabajo de campo más extenso en una colonia popular de la Ciudad de México, que versó sobre las relaciones de género e identidades en proceso de cambio e incluyó el tema del consumo de bebidas embriagantes.

Este ensayo es parte de mi interés más amplio en torno a la investigación temática y empírica de la etnicidad, la migración y la salud en Estados Unidos. Como se verá, un elemento importante en este proyecto es determinar mejor la naturaleza, el alcance y el impacto de los estereotipos de los científicos sociales sobre aquellos a quienes desean caracterizar, tipologizar

y representar. Esta discusión debe, por ende, abarcar un examen tanto de las estructuras conceptuales como de las metodológicas, considerando la necesidad de complementar las actuales investigaciones epidemiológicas —las cuales no se conocen por lo general por su capacidad para captar la ambigüedad y la contradicción— con los hallazgos del trabajo de campo etnográfico. Potencialmente, el método etnográfico es más adecuado para atrapar estas cualidades.<sup>1</sup>

### La aculturación en los estudios acerca del alcoholismo

Una autoridad afamada en el campo de la aculturación y el consumo ético entre los mexicanos en Estados Unidos ha publicado sólo (Caetano, 1987a, 1987b, 1987c) o acompañado (Caetano y Mora, 1988) ensayos intitutados así: “Aculturación y actitudes hacia la bebida correcta entre los hispanos en Estados Unidos” (“*Acculturation and Attitudes Toward Appropriate Drinking Among US Hispanics*”); “Aculturación y patrones de bebida entre los hispanos en Estados Unidos” (“*Acculturation and Drinking Patterns Among US Hispanics*”); “Aculturación, bebida y escenarios sociales entre los hispanos en Estados Unidos” (“*Acculturation, Drinking and Social Settings Among US Hispanics*”); “Aculturación y bebida entre la gente de origen mexicano en México y Estados Unidos” (“*Acculturation, and Drinking Among People of Mexican Descent in Mexico and the United States*”).

Como el término *aculturación* no se define en estos ensayos, ello implica que todos los lectores comparten una noción con el autor o los autores en cuestión acerca de su uso y significado. Las escalas de la balanza utilizada para medir la aculturación en dichos estudios se fundamentan primeramente en el uso del lenguaje y el tiempo de residencia en Estados Unidos, por ejemplo, el idioma usado a diario para hablar, leer o escribir, y la preferencia por la televisión hispana o anglófona. Otras cuestiones giran alrededor de la etnicidad de los amigos, la predilección por la música “hispana” y la identificación con “valores hispanos”, que, como la

aculturación misma, se consideran evidentes en vez de definirse y discutirse teóricamente.<sup>2</sup>

Comparada con otras investigaciones acerca del alcoholismo, que no reconocen siquiera la diferencia cultural y el cambio social, cualquier discusión en torno a la aculturación puede resultar benéfica al recalcar, en los esfuerzos de intervención y prevención, la importancia de la diversidad cultural y las distintas necesidades culturales. Desde el énfasis inicial de Jellinek (1962) sobre las diferencias culturales en cuanto al significado del alcoholismo, hasta el más reciente estudio de Room (1988), que intenta evadir los errores de aquellos que promueven “la tabla internacional de niveles de consumo ético”, los investigadores han enfrentado desde hace mucho el problema de cómo integrar la cultura al estudio del alcoholismo. Sin embargo, el modo en que actualmente se utiliza el término *aculturación*, podría limitar la capacidad de los investigadores y médicos en cuanto al desarrollo de programas de tratamiento del alcoholismo culturalmente responsables.

Aun cuando la aculturación significa cosas diferentes para distintas personas, el término se emplea generalmente para describir el proceso por el cual, a lo largo de un tiempo, un grupo cultural adopta las creencias y las prácticas de otra cultura. A continuación se explorarán, desde un punto de vista antropológico, muchos problemas inherentes al concepto. Como comentario preliminar señalaremos que la premisa básica de la cual parten la mayoría de las discusiones en torno a la aculturación en los estudios acerca del consumo de bebidas alcohólicas es que las culturas pueden esbozarse concisamente en el tiempo y el espacio. En otras palabras, como en el caso en cuestión, nosotros podríamos hablar con seguridad acerca de una “cultura estadounidense” única y homogénea, y de una “cultura mexicana” también singular y homogénea, cada una de las cuales es identificable y distigilbe claramente de la otra. Evidentemente éste no es el caso.

En efecto, los inmigrantes mexicanos a Estados Unidos, que hablan inglés como lengua materna, no adoptan ninguna organización familiar particular o conducta ética. Como muestra Keefe (1979: 350) “la

<sup>1</sup> Además de otras fuentes citadas en este ensayo, véase Room (1985) y Heath (1987) para un panorama general acerca de la literatura sobre el tema en la antropología, inclusive con referencia a Latinoamérica. En cuanto a los abordajes metodológicos mixtos que combinan el análisis cuantitativo y la investigación etnográfica, véase Delaney y Ames (1993), Janes y Ames (1992) y Ames, Grube y Moore (1997).

<sup>2</sup> El término *etnicidad*, también se emplea con frecuencia en los estudios acerca del consumo ético sin definición cuidadosa alguna. En general, los investigadores conciben varias cualidades culturales con respecto de cuestiones de raza, orígenes geográficos, historia compartida y religión, pero tienen que ser especificados en cada contexto de investigación. Más aún, debido a que el concepto de *etnicidad* es hoy muy popular en muchas sociedades, inclusive en la de Estados Unidos, determinar sus significados se complica más que si tan sólo perteneciera a la jerga académica. Entre las discusiones recientes de estos asuntos, véase Heath (1991) que aborda los “cinco modelos confusos de etnicidad”.

aculturación... no necesariamente significa asimilación a la sociedad general estadounidense”.<sup>3</sup>

La manera en que la aculturación se define y emplea tiene implicaciones importantes para el estudio de los patrones de ingesta de bebidas alcohólicas de los inmigrantes latinoamericanos que viven temporalmente, o más permanentemente, en Estados Unidos. Entre otros factores, estas personas están expuestas de manera continua a procesos culturales en dos o más escenarios nacionales y regionales. Más aún, les afecta dramáticamente el uso de estereotipos geopolíticos en el país anfitrión —aunque con frecuencia bajo la forma de “diferencias culturales”— acerca de la gente de otros países; por ejemplo, “sabemos qué esperar de los hombres *latinos*...” En parte como respuesta a tales caracterizaciones, los inmigrantes en Estados Unidos participan no solamente en la disolución de viejas prácticas y creencias culturales, sino que además se enfrascan constantemente en la creación, elaboración e incluso la intensificación de nuevas identidades étnicas y culturales.

### Antropología y aculturación

Los antropólogos comenzaron a emplear la palabra aculturación a finales de los años veinte. Aunque este término había sido usado por cuatro o cinco años antes en discusiones acerca de lo que Beals (1953: 622) refirió como “la rapidez del cambio en la situación colonial”, Thurnwald (1932), en “*The Psychology of Acculturation*”, marca la primera vez en que la palabra se utilizó en el título de un artículo (véase Beals, 1953). Redfield, Linton y Herskovits (1936: 149) brindaron la primera definición sistemática a la expresión: “La aculturación abarca aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de individuos con distintas culturas entablan un contacto directo y continuo, y que llevan a cambios subsecuentes en sus patrones culturales originales en uno o ambos grupos”.

Durante los años treinta, en el hemisferio occidental, la aculturación se empleó para describir los cambios acontecidos como resultado de la penetración económica, política, militar y cultural de Estados Unidos en Latinoamérica. En Gran Bretaña, por otra parte, “el contacto cultural” se volvió un término equivalente al colonialismo británico en África. En ambos casos, el colonialismo y el neocolonialismo han estado en el centro de no sólo los cambios sino también de los esque-



mas de clasificación desarrollados por los antropólogos para caracterizar dichos cambios. Términos como *urbanización* y *modernización* son, igualmente, usados en este periodo para evocar un sentido de atraso rural en el hemisferio sur tanto en América Latina como en África, así como para implicar su progresiva trayectoria hacia la adopción de costumbres económicas, políticas y culturales del norte.

A lo largo de los años cincuenta, los antropólogos siguieron usando los términos difusión, asimilación y aculturación, a veces indistintamente, en general de modo específico, cuando se referían a los rasgos culturales que abarcaban a un “dador” y a un “receptor”, independientemente de que éstos fuesen individuos o grupos. Firth (1951: 81), por ejemplo, escribió, “Los términos, tales como ‘contacto cultural’ y ‘aculturación’ fueron introducidos con el fin de expresar la manera en la cual nuevos patrones de conducta o tipos de relación eran adquiridos e incorporados a un sistema primitivo”. Aun así, el hecho es que desde entonces la mayoría de los antropólogos han hallado buenas razones para evadir el término aculturación, en buena medida debido a sus implicaciones excesivamente lineales. Esto es así, porque rara vez en la historia, ha sido posible rastrear los cambios culturales de manera unidireccional y unidimensional.

Un campo académico influyente, aunque a menudo inadvertido, en el desarrollo de nociones de aculturación ampliamente aceptadas, surgió con el estableci-

<sup>3</sup> Si los investigadores persisten en emplear el concepto de aculturación para los estudios del consumo étílico, por lo menos deberían definirlo con relación a otros como *asimilación*, *enculturación*, *sincretismo* e *hibridación*.

miento de institutos regionales en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. La continua presencia de estudios regionales en las universidades occidentales ha tenido implicaciones dramáticas para la preservación y fomento de estereotipos nacionales, con sus correspondientes preocupaciones por la salud y el sufrimiento social de la gente que habita en dichas regiones, así como de la que migraba a las urbes. La escuela de Cultura y Personalidad, que fue tan importante para la antropología y sus disciplinas aliadas en los años cincuenta, ha tenido una influencia duradera en el conocimiento popular, especialmente en su enfoque reduccionista orientado a determinar el “*ethos* nacional” de un país dado, incluyendo sus “patologías sociales” culturalmente específicas (léase “exóticas”). Good (1994: 35), por ejemplo, se refirió a las “enormes dificultades que afloraron en la literatura de la escuela de Cultura y Personalidad”, cuando “se aplicaron descripciones clínicas de individuos a las sociedades”.<sup>4</sup> En un extraño sentido contrario, en los estudios de los investigadores sobre alcoholismo, éstos han sido sorprendentemente y en exceso complacientes al aplicar a los individuos las descripciones “clínicas” de sociedades enteras

En cambio, esto se ligó con la observación de Kleinman y Kleinman (1996: 18) en torno a que la crítica de “los mecanismos culturales de acción accesibles se contraponen a lo medular de la actual práctica [médica]”, por lo que insisten en que “el primer impulso de los expertos en políticas sociales y de salud debiera ser reconstruir la historia del asunto previa a ellos”. Tales trabajos históricos y culturales seguramente constituyen un prerrequisito para cualquier discusión acerca de los cambios que ocurren en las conductas de los migrantes en Estados Unidos, sean estos incluidos o no bajo la sombrilla de la aculturación. No debería ser necesario añadir que un trabajo comparativo extenso y a fondo en sus países natales debe formar parte crucial de su investigación.

Cuando inventaron el término aculturación hace muchas décadas, los antropólogos reaccionaban contra las nociones anteriores de “culturas estáticas” (“inmutables”) y contra la idea de que el cambio y el tiempo no eran centralmente relevantes para el estudio de las sociedades y las culturas. Asimismo, más recientemente, en el campo de la salud pública en general y más específicamente en el área de los estudios acerca del

consumo ético como se ha discutido en este ensayo, los investigadores han buscado introducir un sentido de comparación cultural a aquellos estudios previos que eran demasiado monocromáticos y fijos.

La dirección era correcta; lo que se necesitaba era una mayor comprensión de que: a) la contradicción, el flujo y la diversidad son intrínsecos a cualquier cultura; b) que la identidad nacional no se equipara necesariamente con la identidad cultural y, especialmente, c) que, como muestra Stolcke (1995: 4), al invocar la “identidad nacional-*cum*-cultural y la inconmensurabilidad”, los fundamentalistas culturales de la derecha política pudieran intentar enmascarar un fondo racista. En virtud de que ya no pueden impulsar argumentos explícitamente racistas relativos a la diferencia, al tratar a la cultura y la etnicidad como homogéneas, las campañas antiinmigrantes, por ejemplo, pueden recurrir a las teorías de la aculturación con la finalidad de criticar la contaminación de las identidades nacionales de los países “anfitriones”.

### Algunos problemas con la aculturación

En pocas palabras, lo que sigue son algunos problemas que los antropólogos han enfrentado al intentar utilizar el término aculturación, pese a que ellos mismos acuñaron dicha expresión.

Primero, con respecto a los cambios que pudieran o no suceder entre los migrantes hacia Estados Unidos, no es seguro cuántos cambios y de qué magnitud pudieran atribuirse con claridad a problemas espaciales (por ejemplo, al estar presentes físicamente en un país distinto) y cuántos a cambios temporales, a menudo maquillados simplemente como rasgos de la “modernidad”. Es decir, si esta gente hubiera permanecido en sus países de origen, ¿acaso no hubieran cambiado del mismo modo?

Segundo, en relación con la migración mexicana a Estados Unidos en particular, existe una creciente literatura fundamentada en estudios sociológicos, culturales y de economía política, que muestran con claridad un “circuito migratorio transnacional” (véase por ejemplo, Rouse, 1991; Basch *et al.*, 1992; Kearney, 1995). En ellos, los hombres y las mujeres de México viven en ambos países de manera prácticamente simultánea, merced a los medios de transporte, al frecuente contacto

<sup>4</sup> La historia de las prácticas de salud pública está llena de ejemplos en los que administradores coloniales han determinado que el tratamiento debe diferenciarse con arreglo a la nacionalidad de los pacientes. Por ejemplo, como mostró Harrison (1994), en la India “desde los años veinte [del siglo XX] surgieron explicaciones psicológicas en los textos médicos [británicos] de que ciertos remedios “sólo eran idóneos para los hindúes” en tanto que otros eran adecuados solamente para los europeos.

telefónico y a las continuas transferencias salariales al país natal. Por tanto, un modelo lineal que proponga un cambio cultural directo y unidireccional respecto de los migrantes mexicanos no puede tomar en consideración los patrones migratorios reales que involucran a centenares de miles de residentes mexicanos—temporales, estacionales e intermitentes—en Estados Unidos.

En tercer lugar, entre muchos migrantes latinoamericanos se ha documentado una *intensificación* y a veces una invención *ad hoc* de identidades étnicas y nacionales al momento de la llegada y al cabo de un periodo de residencia en Estados Unidos. Lejos de “fundirse” en alguna cultura nacional imaginada en dicho país, y al contrario de los vaticinios de “la muerte inevitable del localismo cultural” (véase Comaroff, 1996: 162), estamos atestiguando en su lugar una reafirmación y un renacimiento de las fronteras étnicas y nacionales *dentro* de los confines de los estados-nación establecidos, y desde adentro y sin los grupos étnico-nacionales mismos.<sup>5</sup> Al comentar, por ejemplo, acerca de los patrones de ingesta etílica de un grupo de inmigrantes en Estados Unidos, Stilvers (1976: 129) escribió que “En Irlanda, la bebida era principalmente una señal de identidad masculina; en América era un símbolo de la identidad irlandesa” (véase también Albon, 1985).

En cuarto lugar, y quizás lo más importante, incluso en los círculos académicos y de ciencias aplicadas, las discusiones más afines acerca de las “diferencias culturales” se basan con frecuencia en un rasero explícito de “diferencias en comparación con lo normal”.<sup>6</sup> Es, en efecto, una manera inherentemente obnubilada de abordar la diversidad. En particular, hace caso omiso del severo problema del racismo en sociedades como la estadounidense o la europea. Inquirir “cuán lejos ha transitado el camino de la aculturación” un determinado grupo o individuo es como si se preguntara, en el trasfondo de iniquidades estructurales y de racismo, ¿cuán cerca están de asemejarse a las culturas dominantes de la clase media blanca? Como apuntaron Hillier y Kelleher (1996: 2), cuando los funcionarios llaman la atención hacia la diferencia étnica esto tan sólo problematiza la etnicidad; no se enfila hacia el racismo, como ciertamente debiera hacer, al discutir los grupos étnicamente identificados como los inmigrantes latinoamericanos.<sup>7</sup>



<sup>5</sup> En abril de 1997 el autor llevó a cabo una investigación de la literatura antropológica en la cual halló 267 rubros acerca de la aculturación. Es notable que la mayoría de los autores en la lista no usaran la palabra en los títulos de sus artículos, capítulos y libros. Sin embargo, la aculturación todavía es una clasificación muy utilizada por los bibliotecarios.

<sup>6</sup> Por ejemplo, sobre la creación de la identidad mixteca entre los inmigrantes oaxaqueños, luego de su llegada a la California rural, véase Nagengast y Kearney, 1990.

<sup>7</sup> Véase los trabajos anteriores de Sol Tax, Julio de la Fuente, Alfonso Villa Rojas, George Foster, Robert Redfield y otros antropólogos de México y Centroamérica quienes elaboraron un Índice de Aculturación como instrumento para medir el cambio cultural (véase Tax, 1952: 263-264).

En quinto lugar, la inmensa diversidad *intracultural* y regional de las creencias y prácticas culturales se opone al desarrollo y a la utilización de las listas de rasgos de carácter nacional (véase la discusión en Fabian, 1983). Tales aparentes cualidades no solamente representan una simplificación excesiva de las complejidades culturales; más aún, se fundamentan en la presunción de homogeneidad dentro de un medio cultural. En cambio, en la actualidad generalmente se reconoce en la antropología que la cultura es en sí una fuente de perenne controversia y confusión.

En cuanto al tema de la aculturación, pues, concordamos con Heath (1989: 320), quien escribió:

[Las] desventajas teóricas y metodológicas de la literatura que discute el uso del alcohol con respecto de la aculturación llevan a que algunos autores hagan hincapié en los aspectos negativos y otros en los positivos... Este problema es especialmente agudo al comparar los estudios que se apoyan en encuestas sociales en las cuales una o algunas preguntas claves sirven para indicar el "grado de aculturación".

En su estudio de los estereotipos de las comadronas con relación a las mujeres migrantes de Asia meridional a Gran Bretaña, Bowler (1993) sugiere que el "entrenamiento en conciencia cultural" pudiera contribuir a la producción de estereotipos acerca de estas mujeres y, por su parte, incidir en una peor atención sanitaria para ellas. Kelleher (1996: 83) agrega que:

Las actitudes, creencias y comportamientos de la gente en una sociedad más amplia, incluyendo a los profesionales del cuidado de la salud, tienden a basarse en una experiencia limitada y en los estereotipados puntos de vista de las minorías étnicas transmitidos por los medios de comunicación.

Yo argumentaría que aun en casos en los que el personal sanitario tuvieran una amplia experiencia, e incluso se identificaran personalmente por pertenecer al mismo trasfondo étnico o a uno similar, los mismos estereotipos dominantes, aunque apenas emergentes, pudieran empero desempeñar un papel influyente en el desarrollo de los tratamientos de salud.<sup>8</sup>

### La ingesta alcohólica de los latinos

DeWalt (1979) y Molina, Berruecos y Sánchez (1985), así como Gilbert (1985, 1991), Gutmann (1996) y otros

han discutido las sobresalientes diferencias entre los patrones de consumo étílico *dentro* de las regiones, los grupos étnicos, los grupos de género, las generaciones y las clases sociales en México. La televisión y la migración pueden servir para homogeneizar las perspectivas y las respuestas culturales, como muchos argumentan, pero en la práctica los etnógrafos de México no han descubierto rasgos culturales uniformes y persistentes entre la generalidad de los mexicanos, pero sí una diversidad de formas de leer y observar los mensajes que les presentan los medios, el gobierno y otras fuentes oficiales (véase la evidencia relativa en Alaniz y Wilkes, 1995).

Así pues, no existen patrones mexicanos "típicos" o "tradicionales" de consumo de alcohol de alcance nacional; tampoco hay patrones de beber típicos de los "hombres" o las "mujeres" mexicanos. Esto no significa, sin embargo, que no se hagan asociaciones populares entre los hábitos y gustos de la bebida y un sentido de la *mexicanidad*. Gutman (1996) brinda información etnográfica que muestra el orgullo con que los obreros varones de la capital expresan ciertos rasgos nacionales supuestamente mexicanos —aun cuando estas cualidades pudieran considerarse negativas, como el alcoholismo.

"Más que nada tomamos tequila", decía un hombre llamado César al recordar sus hazañas como joven jefe pandillero. "Nos gustaba, tal vez porque nos sentíamos más mexicanos, más como lugareños. En la colonia no nos podías poner un dedo encima" (citado por Gutman, 1996: 205). Pero tales sentimientos no son exclusivos de las clases trabajadoras; una edición especial de la revista mexicana de arte más refinada se dedicó recientemente al tequila (*Artes de México*, 1994).

Ya fuera descrito en la lengua vernácula de los barrios obreros como "chupadores de cada ocho días" o en la jerga greco-médica de los estudios del consumo étílico como dipsomanía, el emborracharse entre los mexicanos en México, así como la abstinencia, son temas críticos sobre los cuales poco conocen los investigadores y facultativos en el campo del alcoholismo en Estados Unidos. Esta ignorancia y desinformación limitan seriamente nuestra capacidad de estimar los cambios en el consumo de bebidas alcohólicas debidos a factores culturales. Caetano y Mora (1988) han llevado a cabo acertadamente investigaciones al menos similares en ambos países, pero sus datos acerca de México (basados en un estudio circunscrito a residen-

<sup>8</sup> Alaniz (1994, 1996) considera la relación entre los estereotipos de género y los inmigrantes mexicanos. En torno a dichos estereotipos de los grecoamericanos, véase Chock (1987) y acerca de los estereotipos de los migrantes dentro de otras culturas, véase Herzfeld (1992 [1997]).

tes en la ciudad de Morelia en los años ochenta) no representan un resumen confiable de los patrones generales de ingesta de bebidas alcohólicas en México.

Aquí igualmente se aprecia una lección histórica. En su estudio magistral sobre los aztecas y la conquista española, Charles Gibson (1964) propuso la noción de que el beber hasta emborracharse era relativamente desconocido antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo. Sin embargo, como William Taylor (1979) demostró claramente, esto es una suposición alegre con la que Gibson y otros describen la conquista de los aztecas como el origen de todos los males, entre ellos el alcoholismo. Cuanto más conocemos acerca de la complejidad histórica y cultural, más difícil resulta utilizar modelos lineales para comprender el cambio. Ni siquiera recurrir al análisis multifactorial soluciona el dilema, por aquello que Menéndez (1990: 12) denomina “la trivialización de los complejos procesos de alcoholización” (véase también, Menéndez, 1987, 1991).

En un esfuerzo por documentar los retos culturales que enfrentan los individuos y las familias latinoamericanas al cabo de su arribo a Estados Unidos, Rivas (1987: 43) discute el consumo de bebidas alcohólicas entre ellos. Asimismo se refiere a los conflictos que aquejan a algunas familias inmigrantes cuando las jóvenes empiezan a usar minifaldas. Sitúa dichos eventos en el telón de fondo de la aculturación a la “cultura estadounidense”. Aun así, ¿cuán familiarizado se halla este investigador con los estilos de vestir y el consumo étílico en algunas comunidades de las cuales muchos emigran a Estados Unidos? Hallaría que muchas tendencias atribuidas al impacto de los modos y costumbres culturales estadounidenses se vinculan más adecuadamente a la modernidad y a sus chocantes formas en todo el mundo.

Quizás por todas estas razones Singer (1987) alteró el título de una charla de “Conocimiento actual de los patrones de consumo alcohólico de adolescentes hispanos” a “Ignorancia actual” acerca de los mismos.

### **Orígenes etnonacionales y consumo alcohólico**

Discutir las debilidades y la polivalencia del concepto de aculturación no significa sostener que no han sucedido cambios cuando hombres y mujeres mexicanos viajan de su país natal a Estados Unidos durante algunos periodos. En cambio, este proceso pudiera desembocar en experiencias y percepciones marcadamente distintas de parte de los inmigrantes, cuyas consecuencias no podrían subsumirse en el rubro general de aculturación.

La investigación de campo etnográfica en el Centro de Asesoría en Adicciones (ACC) del área de la Bahía de San Francisco revela algunos problemas que surgen cuando se intenta integrar nociones unidimensionales de aculturación al tratamiento antialcohólico. Fundado en 1971, el ACC se localiza en un depauperado barrio latino. Se describe a sí mismo como “una comunidad multicultural bilingüe que brinda servicios con el fin de educar, abogar por y alentar un modo de vida sobrio y libre de drogas en un ambiente de apoyo”. Mediante programas de convalecencia basados en la asesoría de pares, tanto para pacientes residentes como externos, la organización intenta dotar a los alcohólicos y a los drogadictos de “exitosos modelos que muestren que pueden recobrar su dignidad y su respeto a sí mismos, lo cual es esencial para la recuperación”.

Los clientes hispanoparlantes, habitualmente remitidos al programa por las instancias judiciales, están obligados a asistir dos veces a la semana a sesiones semejantes en cierto modo a las del protocolo de Alcohólicos Anónimos o Narcóticos Anónimos. (Hay otro grupo para angloparlantes.) Mi conocimiento del ACC se basa principalmente en la asistencia a dichas sesiones durante un lapso de cinco meses, lo mismo que en una revisión de los participantes en los programas de pacientes residentes y externos.

Además, acudí a las entrevistas del programa de pacientes residentes, similar a la que asistió Jaime, un hombre de 24 años, en el programa del ACC en El Chante. Jaime dijo: “He estado aquí [en Estados Unidos] a lo mejor ocho años. Pero ya tengo a dos pequeños, dos niñas en Michoacán. Sólo tienen dos y tres años”. Jaime me dijo que regresó a verlas cuando pudo, lo que significó trabajar y ganar algún dinero, además de un tiempo para evadir el arresto y la cárcel por cometer numerosos delitos de poca monta. En su forma de ingreso al programa de rehabilitación, Jaime escribió “mexicano” como su nacionalidad. Si le preguntas, el diría que le gustaría visitar México más a menudo, pero que planea vivir en Oakland. Al examinar su expediente descubrirías que Jaime contrajo tuberculosis en Estados Unidos, probablemente como resultado de vivir en condiciones de severo hacinamiento con varios braceros mexicanos. Las enfermedades contagiosas son también, pues, parte de la experiencia de aculturación de algunos inmigrantes pobres. En el ACC las contradicciones culturales de los asistentes, como Jaime, no se consideran en general como cuestiones de aculturación ni en términos de los conflictos interculturales que Jaime describe repetidamente. Empero, la etnicidad, el alcohol y la migración son temas recurrentes en las discusiones en el seno del ACC.

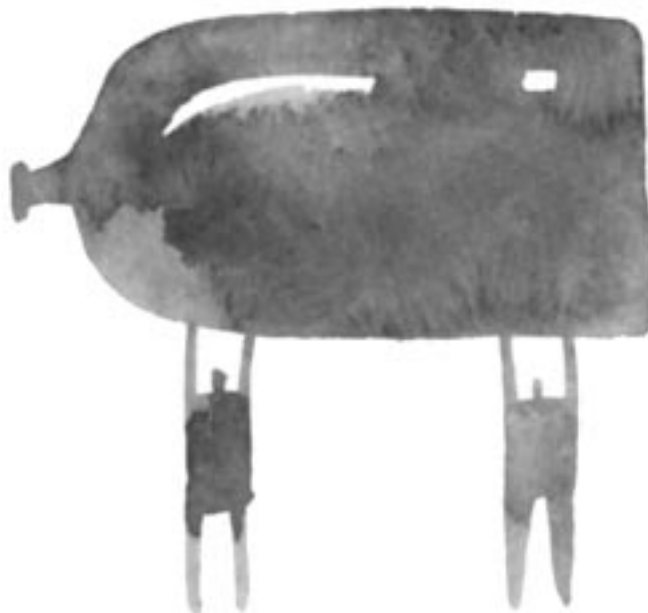


## La adscripción gubernamental e institucional de la etnicidad

Pete es uno de los asesores del ACC y se describe como “estadounidense o mexicano, según a quien hablo”. Adicto a la heroína por casi veinte años, Pete no ha recaído por más de seis años desde que se convirtió al cristianismo evangélico durante su reclusión en el sistema penal de California. En este caso, Pete afirma que lo que finalmente lo cambió fue el sistema de pandillas en la penitenciaría de Chico: nadie se metía con una pandilla. Por necesidad, las había “mexicana”, “negra”, “india” o “blanca”. No hablar español no impedía pertenecer a alguna de ellas, pero sí limitaba la capacidad de maniobra de Pete para desenvolverse en el medio “mexicano”. Sólo absteniéndose de drogarse pudo este hombre, que ahora es un consejero para otros ex adictos, evitar ser encarcelado y escapar a estas categorías étnico-raciales que son recreadas en la prisión igual que en el mundo exterior.

Los asesores del ACC desempeñan un papel instrumental en cómo los adictos desarrollan su manera de entender la relación entre las identidades étnico-raciales y etnonacionales, por un lado, y su narcodependencia, por otro. Una tarde, en el grupo hispanoparlante “Sí se puede”, un oficial judicial (*probation officer*) del condado, quien trabaja a su vez como asesor, empezó por describirse a sí mismo como “peruano”. Trabajaba entonces con una asesora que se llamaba “colombiana”. Discutían los “mecanismos de recaída” con tres “mexicanos”, un “cubano”, un “nicaragüense”, y yo, un estadounidense hispanoparlante. Todos *dentro* de la habitación tenían una identidad nacional que se reveló durante la conversación. A lo largo de la sesión el asesor peruano sostuvo la discusión en términos de “latinos”, “lo que hacen los latinos”, y “como somos los latinos”.<sup>9</sup> Llamó la atención la falta de respuesta al tema latino por parte de los clientes.

Quizás, como después de la sesión escuché en privado cuando regresaba a mi casa en metro, era cuestión simplemente de no contestarle a este hombre, que era un oficial judicial y al cual, por lo mismo, no debía confiársele información sobre lo que los demás pensaban, hacían, creían o planeaban. De nueva cuenta, aunque las personas que asistían a las sesiones solían hablar extensamente en otras ocasiones, jamás los oí referirse a generalizaciones acerca de ser “latinos” o de hábitos “mexicanos” de beber u otras conductas. El



asesor fue el que inició la asociación entre la etnicidad y el consumo de alcohol.

Casi todos los asistentes a las sesiones del ACC acuden por obligación judicial o, en menos casos, presionados por un patrón o sindicato. Así, cada uno es animado a hacer comentarios al asesor del ACC, que incluyen cómo se clasifican culturalmente y lo que ellos piensan que los asesores desean oír.

Una guía acerca de cómo clasificarse en términos de raza o etnicidad se ofrece a su vez en documentos que deben llenar para el Departamento de Programas de Alcohol y Narcóticos de la Agencia de Salud y Bienestar del estado de California. En dichas formas oficiales podemos apreciar un intento de canalizar a los adictos en categorías particulares étnico-raciales que ellos no han elegido. En el “registro de participantes” del Sistema de Información en Alcohol y Drogas de California (CAADS) la sexta pregunta se refiere a “raza” y lista 16 categorías raciales específicas (inclusive rubros separados para los camboyanos, los chinos, los japoneses, los coreanos y los vietnamitas); una decimoséptima categoría, “otras razas”, abarca claramente a la que deben llenar los latinoamericanos (véase tabla 1).

La pregunta 7 se refiere a la “etnicidad”, cuyas únicas categorías son: No hispano, Mexicano/México-norteamericano (chicano), Cubano, Puertorriqueño, Otros hispanos/latinos (véase tabla 2). De acuerdo

<sup>9</sup> Esto llegó al absurdo cuando, luego de un intento de introducir un elemento de levedad a lo que yo decía, el moderador me elogió: “Ya ven. Los latinos no somos los únicos con sentido del humor”.

con varios funcionarios gubernamentales californianos, estas clasificaciones responden al cabildeo exitoso de grupos particulares y a la escasa influencia de otros.<sup>10</sup>

En última instancia, las razones precisas para desarrollar tales taxonomías son menos importantes que sus ramificaciones potenciales para los clientes y los médicos en el campo del abuso del alcohol. Las implicaciones de tales categorizaciones, especialmente las ligadas a patrones conductuales como el abuso de drogas o el alcoholismo, son consideradas tan importantes para el Estado, que todos los participantes deben registrar sus identidades y/o calificaciones personales conforme a las categorías preestablecidas. Huelga decir que no existe espacio en esas formas para reportar algo al margen de las clasificaciones oficiales.

### **Aculturación so pena de deportación**

Los clientes del ACC no necesariamente se traumatizan por las clasificaciones californianas. Pero es dable especular que las cuestiones sobre la identidad étnica y racial pueden ser relevantes para muchos inmigrantes y que ello es particularmente cierto cuando ante las autoridades judiciales son obligados a identificarse conforme a tipologías oficiales. Por tanto, se colige que el efecto de tales fórmulas étnicas y raciales, y su aso-

ciación a patrones particulares de uso y abuso éticos —pues si no por qué preguntar acerca de ello fuera de un contexto de arresto y rehabilitación de alcoholismo y drogas— están implícitas para todos aquellos que deben responder a las preguntas 6 y 7 del cuestionario californiano.

Lejos de minimizar la importancia de estas categorías, la mayoría de los clientes del ACC enlazan culturalmente sus experiencias de vida con el uso de bebidas alcohólicas. Por ejemplo, una tarde, luego de la sesión, un hombre expuso sus vivencias como refugiado “marielito” a finales de los años setenta, y cómo desde principios de los ochenta ha intentado infructuosamente ganarse la vida como pescador. Otro inmigrante, de mayor edad, de Nayarit, México, me relató que había “fracasado” como hombre al no poder cumplir las expectativas familiares puestas sobre él, ya que no podía enviar grandes remesas de dinero que se esperaban de su ida a Estados Unidos. Muchos otros no sólo habían sido arrestados por posesión de narcóticos y estado recluidos en Santa Rita y otras prisiones, sino que durante este programa, de un año de duración, sufrían de otra amenaza constante. La suya es una situación que se distingue en sus expedientes del ACC como: “*El cliente tiene un proceso judicial pendiente (SIN). Posible deportación*”.<sup>11</sup>

El punto reside en no aceptar mecánicamente que las complicadas circunstancias de vida conducen de manera automática o por necesidad al alcoholismo y la narcodependencia. Efectivamente, las complejas y difíciles experiencias migratorias son centrales en las vidas de los hombres y las mujeres que viven en el área de la bahía de San Francisco, incluyendo a quienes los tribunales envían al Centro de Asesoría en Adicciones. Los hombres no se embriagan o toman drogas ilegales porque sean latinos.

Los peligros y traumas de la migración y de vivir ilegalmente en Estados Unidos ciertamente es un tema merecedor de interés y de análisis como cualquier estructura de personalidad —“pasiva”, “agresiva” y “asertiva” son las tres categorías recurrentes en el ACC— que pudieran inferirse de las detenciones periódicas por conducir en estado de ebriedad, la posesión de drogas ilegales y las ausencias laborales causadas por resacas y demás. La migración no es un asunto binario donde hombres y mujeres abandonan una cultura fija a fin de mudarse a otra, a la solitaria cultura estadounidense.



<sup>10</sup> Entrevistas telefónicas realizadas el 30 de abril de 1997 con los siguientes funcionarios públicos californianos: Calvin Freeman de la Oficina de Salud Multicultural, Susan Nisenbaum de la Rama de Investigación y Análisis de Políticas de la División de Servicios de Administración de Información, y Mary Heim de la Unidad de Investigación Demográfica del Departamento de Finanzas.

<sup>11</sup> El SIN es el Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos.

Debería tenerse claro que sin conocimiento ni experiencia en torno al uso y abuso de las bebidas alcohólicas en México y América Latina es muy difícil evaluar con exactitud cualquier clase de cambio cultural que hubieran experimentado los inmigrantes, así como trazar los orígenes del cambio. Sin el trabajo etnográfico en muchos lugares de investigación, incluso en Latinoamérica, los investigadores inevitablemente tendrían que recurrir a los severamente limitados métodos de encuestas para documentar el cambio social.<sup>12</sup>

Aclarar cuando menos qué se quiere decir con “cultura” y “aculturación” ayudaría a abordar el tema del uso y abuso del alcohol entre los nativos de otros países que residen en Estados Unidos. Gilbert (1985), por ejemplo, se afana en discutir la variedad intracultural *entre* los mexicanos y los (norte)americanos. No obstante, en una aparente contradicción, ella recurre a su vez a nociones innecesariamente dicotómicas como “biculturalismo”. De acuerdo, tales asuntos son más fáciles de concebir como distribuciones binomiales. Pero queda la pregunta de si de verdad es útil generalizar acerca de las prácticas de 250 millones de personas en Estados Unidos y los casi 100 millones en México.<sup>13</sup> En otro ensayo, al detallar cómo los roles de género asociados a los mexicanos en los estudios acerca del alcoholismo a menudo se basan más en definiciones impresionistas que en verdaderos intentos de justipreciar tales supuestos atributos, Gilbert muestra esto con claridad (Gilbert y Cervantes, 1987a).

Similarmente, Caetano (1986-1987, 1987a, 1987b, 1987c, 1988; Caetano y Mora, 1988) presentan datos válidos acerca de los cambiantes patrones de consumo entre los hombres y mujeres oriundos de México, y marca claras distinciones entre las diferencias regionales y demás. Aun así, hallamos periódicamente el recurso a las generalizaciones acerca de “la cultura estadounidense” y el “modo de vida hispano” (Caetano y Mora, 1988: 462, 465). Incluso dejando de lado si es dable hablar de un sola cultura estadounidense, los

hombres y las mujeres mexicanos responden de manera distinta a diferentes problemas, como el uso de bebidas alcohólicas, la sexualidad y el trabajo fuera del hogar.<sup>14</sup>

### **El uso inconsciente de estereotipos entre los trabajadores de la salud**

Lo que la gente cree acerca del origen del alcoholismo acarrea consecuencias reales para su tratamiento y rehabilitación. Si ellos atribuyen ciertos deseos y debilidades a orígenes genéticos, nacionales, étnicos y raciales, de manera similar a como algunos achacan los problemas con su modo de beber a la debilidad moral (véase Ames, 1985), entonces estas creencias estereotipadas y las acciones que se basan en ellas deben ser dirigidas directamente por los trabajadores de la salud.

Los años que un individuo ha vivido en Estados Unidos deben verse no como una variable independiente, igual que el uso del alcohol en sí mismo debe entenderse como una variable dependiente: ambos están inextricablemente ligados a otros factores como la clase, la historia, el género, la economía (por ejemplo, el desempleo o la calidad migratoria) y a las condiciones políticas (por ejemplo, el racismo en Estados Unidos), y no pueden por sí mismos proporcionar la información adecuada para determinar el uso y abuso de las bebidas embriagantes.

Esta problemática no sólo incide en los especialistas y los científicos involucrados en la intervención, tratamiento y prevención del alcoholismo. Son igual de relevantes lo mismo para los clientes que para los terapeutas. Una implicación del fomento de la salud y la prevención de las enfermedades en materia de abuso del alcohol y alcoholismo, la cual es realizada en el presente estudio, es el grado en que los practicantes pudieran contribuir inadvertidamente al padecimiento social, por ejemplo, al no atender a las condiciones de desigualdad social en las que viven ni a la identificación

<sup>12</sup> En mi investigación acerca del consumo ético en el área de la Bahía pude abundar en mi trabajo anterior acerca de la etnicidad y el género en la ciudad de México (Gutmann, 1996). En México estudié temas tales como la “intemperancia juvenil”, o sea, el consumo de bebidas embriagantes por adolescentes, así como la abstinencia como una práctica cultural muy refinada, y contrariamente a descubrimientos previos, un procedimiento cultural muy aceptado, y el gradual “abandono de las barreras de género en cuanto al consumo de bebidas alcohólicas”. La costumbre de *jurarse* entre los hombres de la clase trabajadora de la ciudad de México, por ejemplo, consiste en hacer un juramento a un santo de abstenerse de beber durante un periodo de tiempo. En la investigación epidemiológica acerca del tema en México se hace caso omiso de esta importante práctica.

<sup>13</sup> Por ejemplo, Gilbert (1985: 272) alude “los cócteles son muy comunes entre los anglos de clase media”. Pero esto no es del todo cierto para la mayoría de ellos, y una generalización de las familias anglosajonas como “igualitarias” pudiera ser inadecuada. Véase asimismo Gilbert (1988), Gilbert y Cervantes (1987b) y Trotter (1985).

<sup>14</sup> Además, los grados de no respuesta en las encuestas nacionales con respecto al uso de las bebidas alcohólicas entre los chicanos (y otros) es un tema que amerita investigarse mediante métodos etnográficos y otros. El número parece grande, aunque no para un trabajo de análisis cuantitativo (por ejemplo, 28%). Por añadidura, pudieran decirnos algo acerca no tan sólo de los sentimientos populares en cuanto a las encuestas, sino en torno a los patrones comunes de ingesta de bebidas que la investigación cuantitativa no explícita.

subjetiva que resulta de dichas relaciones con respecto de aquellos que necesitan atención médica.

## Conclusión

En última instancia, la problemática aquí discutida en torno a la aculturación es parte de una amplia serie de interrogantes en antropología, epidemiología y políticas de salud pública con respecto del contexto sociocultural, la enfermedad y el riesgo. ¿Hasta qué punto los inmigrantes mexicanos, hombres y mujeres, por ejemplo, representan grupos en riesgo en cuanto al alcoholismo y al abuso étílico por sus aparentes características culturales? Si el trasfondo sociocultural de sus problemas con la bebida se entiende como un cambio en una serie de modos culturales estáticos y conductas predeterminadas a otra, merced a la aculturación, entonces los estereotipos culturales en torno a los patrones de ingesta alcohólica “mexicanos” o “estadounidenses” con probabilidad representan la magnitud del análisis cultural implicado en el diagnóstico y el tratamiento de dichos individuos. Si, en cambio, el alcoholismo se entiende primariamente como proveniente solamente de traumas psicológicos y del medio ambiente, entonces la vulnerabilidad social de esta población se distorsiona hasta convertirse en un asunto de contingencia individual.

Las encuestas pueden atrapar a más población que la etnografía, pero son instrumentos inherentemente dicotómicos, diseñados para capturar oposiciones binarias y el cambio unidireccional. Las variables continuas a menudo exhiben lo peor de la investigación cuantitativa, precisamente porque los matices, la ambigüedad, la contradicción y la sutileza no se dicotomizan con facilidad.

En Estados Unidos y en dondequiera, tanto en los círculos académicos como en los populares, en la década pasada, las nociones de inspiración antropológica de la diferencia cultural han sido ampliamente debatidas. Diversos conceptos de multiculturalismo, por ejemplo, marcan lo mismo el advenimiento de una “cultura” como un ingrediente críticamente importante en las descripciones y análisis de la vida social y, demasiado frecuentemente, el renacimiento de los prejuicios respecto de los rasgos de carácter etnonacionales fijos. ¿Quién se beneficiaría de la colocación de los individuos en un *continuum* cultural, por ejemplo, de mexicano a estadounidense? En cuanto a la salud pública, ¿quién se beneficiaría de la noción de “hábitos mexicanos de beber” y cómo dichos esquemas contribuyen o impiden los esfuerzos de intervención para enfrentar los problemas de la bebida?

Las categorización cultural por funcionarios gubernamentales, intelectuales y la población en general incide realmente en los programas de salud pública, tales como los dirigidos a tratar el alcoholismo y el abuso étílico. La cultura se ha ligado crecientemente a la genética en los estudios sobre este tema con la finalidad de explicar los conflictos “intestinos” que afloran entre las pulsiones y la intolerancia en el seno de los cuerpos sociales. Lejos de relegar a la cultura como un factor en el estudio del uso y abuso de las bebidas alcohólicas, existe la urgente necesidad de explorar y explicar con cuidado a la cultura como una cualidad compleja, fluida, indeterminada, contradictoria y eminentemente humana. Solamente de este modo la cultura se volverá un tema cada vez central para la investigación de la salud pública y la política en general.

\*\*\*

En mayo de 1997 impartí una charla acerca del alcoholismo y la etnicidad en el Departamento de Epidemiología y Bioestadística de la Universidad de California en San Francisco. En el trascurso de mis comentarios me referí a lo que habían dicho dos hombres quienes relacionaron sus ansias e intolerancia al consumo étílico con sus respectivos orígenes “alemanes”, “filipinos” e “indios”, como dije al inicio de este ensayo. Pidió la palabra un sagaz médico involucrado en los esfuerzos de intervención contra el virus de inmunodeficiencia humana (VIH) y la tuberculosis entre los indigentes en San Francisco. Insistió en que el hombre sin duda tenía la razón cuando decía que su parte germana gustaba de embriagarse en tanto que su otra parte, india y filipina, no la toleraba.

Deseoso de corregir este error mío, el galeno recalcó: “Existe un fundamento biológico a lo que él dice debido al ‘factor de enrojecimiento asiático’”. Lo que implicaba era que a causa del “enrojecimiento” —la vasodilatación o enrojecimiento de la piel—, que supuestamente es muy común entre los descendientes de asiáticos y de indígenas americanos, los pacientes que compartían esta herencia no podían tolerar el alcohol. En otras palabras, con base en la existencia de evidencia genética, que indicaban reacciones particulares de cualquier índole al consumo étílico en personas de razas específicas, argumentaba que debíamos apreciar tales singularidades como diferencias absolutas, precisamente por cuanto están basadas en características putativamente genéticas inmunes a la factores causales “suaves” como la cultura.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Sobre el derrame, véase, por ejemplo, Clark (1988), Johnson y Nagoshi (1990), Ogata y Tsunoda (1988) y Wolff (1972, 1973).

Sin embargo, la información científica en torno al enrojecimiento no concluye que las personas de origen asiático o amerindio deban abstenerse de ingerir bebidas alcohólicas. En efecto, es el ansia de aceptar tales explicaciones genéticas lo que lleva a la complacencia en los programas de prevención e intervención del abuso étílico, como si la herencia fuese una explicación suficiente para elucidar los patrones de consumo. En una clara ilustración de la tesis de Scheper-Hughes y Lock (1987) con respecto de los cuerpos sociopolíticos, los orígenes etnonacionales de los pacientes son considerados rígidos dentro de la cultura médica dominante, acaso porque se estiman regidos genéticamente.

La opinión contraria explorada en este ensayo ha puesto de relieve, en cambio, que las culturas y las cualidades culturales, como la etnicidad, son tanto recreados como heredados del pasado. Así pues, para los inmigrantes latinoamericanos, las actitudes hacia la bebida y las conductas de consumo de alcohol no reflejan sencillamente lo que la gente “dejó atrás” *versus* lo que “hallaron” (y “adoptaron”) en Estados Unidos. La identidad étnica puede también intensificarse al cabo de la migración y, como parte de este proceso, el uso y abuso de bebidas embriagantes sin duda puede cambiar en maneras que las teorías simplistas de la aculturación de ayer no son capaces de describir acertadamente.

## Agradecimientos

Mis estudios acerca del uso de las bebidas alcohólicas entre hombres y mujeres mexicanos en Estados Unidos han sido posibles gracias a una beca de estudios del Instituto Nacional del Uso de Bebidas Alcohólicas y el Alcoholismo (*National Institute on Alcohol Abuse and Alcoholism*) administrada por la Escuela de Salud Pública de la Universidad de California, el Centro de Investigaciones en Prevención y el Grupo de Estudios sobre el Uso de Bebidas Alcohólicas en Berkeley. Deseo reconocer la ayuda de Genevieve Ames y Raul Caetano quienes dirigieron mis estudios en esta población, y expresar mi agradecimiento asimismo a Roland Moore, María Alaniz, Angela Gallegos y Tom Novotny por sus útiles sugerencias.

## Bibliografía

- ALANIZ, MARÍA  
1994 “Mexican Farmworker Women’s Perspectives on Drinking in a Migrant Community”, en *The international Journal of the Addictions*, vol. 29, núm. 3: pp. 1173-1188.  
1996 “Husband’s Level of drinking and Egalitarianism in Mexican-American Families”, en *Substance Use and Misuse*, vol. 31, núm. 6, pp. 647-662.
- ALANIZ, MARÍA Y C. WILKES  
1995 “Reinterpreting Latino Culture in the Commodity Form: The Case of Alcohol Advertising in the Mexican-American Community”, en *Hispanic Journal of Behavioral Science*, vol. 17, núm. 4, 430-451.
- ALBON, JOAN  
1985 “Irish-American Catholic in a West Coast Metropolitan Area”, en Linda A. Benett y Genevieve M. Ames, eds. *The American Experience with Alcohol: Contrasting Cultural Perspectives*, Plenum, Nueva York, pp. 395-409.
- AMES, GENEVIEVE M.  
1985 “Middle-class Protestants: Alcohol and the Family”, en Linda A. Benett y Genevieve M. Ames, eds. *The American Experience with Alcohol: Contrasting Cultural Perspectives*, Plenum, Nueva York, pp. 435-58.
- AMES, GENEVIEVE M., JOEL W. GRUBE Y ROLAND S. MOORE  
1997 “The Relationship of Drinking and Hangovers to Workplace Problems: An Empirical Study”, en *Journal of Studies on Alcohol*, vol. 58, núm. 1, pp. 37-47.
- ARTES DE MÉXICO  
1994 *El tequila: Arte tradicional de México*. Edición especial.
- BASH, LINDA, NINA GLICK SCHILLER Y CRISTINA SZANTON BLANC  
1992 *Nations Unbound: Transnational Prospects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Gordon and Breach, Amsterdam.
- BEALS, RALPH  
1953 “Acculturation”, en A. L. Kroeber, ed., *Anthropology Today: An Encyclopedic Inventory*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 621-641.
- BOWLER, I.  
1993 “They’re not the same as us: Midwives’ Stereotypes of South Asian Descent Maternity Patients”, en *Sociology of Health and Illness*, vol. 15, núm. 2, pp. 157-178.
- CAETANO, RAUL  
1986-87 “Drinking and Hispanic American Family Life: The View Outside the Clinic Walls”, en *Alcohol Health and Research World*, invierno.  
1987a “Acculturation and Attitudes toward Appropriate Drinking among U. S Hispanics”, en *Alcohol and Alcoholism*, vol. 22, núm. 4, pp. 427-433.

---

Este último (1972) califica al derrame de “penoso” y extrapola que tal humillación conduce a reducir la ingesta de la personas afectadas. Por el contrario, Johnson y Nagoshi (1990: 48) arguyen que no pueden hacerse semejantes generalizaciones, y que “Entre los japoneses, ante la necesidad para evitar una situación embarazosa, ésta puede desaparecer con unas copas...” Con respecto de las generalizaciones panasiáticas, ambos autores (citando a Lee 1987) apuntan que se han observado grandes oscilaciones en el uso de las bebidas embriagantes en China a lo largo de los siglos, o sea, que no existe un patrón de beber “chino”.

- 1987b "Acculturation and Drinking Patterns among U. S. Hispanics", en *British Journal of Addiction*, núm.82, pp. 789-799.
- 1987c "Acculturation, Drinking and Social Setting among U. S. Hispanics", en *Drug and Alcohol Dependence*, núm. 19, pp. 215-226.
- 1988 "Alcohol Use among Mexican Americans and in the U. S. Population", en M. Jean Gilbert, ed., *Alcohol Consumption among Mexicans and Mexican Americans: a Binational Perspective*, Spanish Speaking Mental Health Research Center, University of California, Los Angeles, pp. 53-84.
- CAETANO, RAUL Y MARÍA ELENA MEDINA MORA  
1988 "Acculturation and Drinking among People of Mexican Descent in Mexico and the United States", en *Journal of Studies on Alcohol*, vol. 49, núm. 5, pp. 462-471.
- CHOCK, PHYLLIS P.  
1987 "The Irony of Stereotypes: Toward an Anthropology of Ethnicity", en *Cultural Anthropology*, vol. 2, núm. 3, pp. 347-368.
- CLARK, WALTER B.  
1988 "A Comparative Analysis of Facial Flushing among Alcohol Drinkers in Japan, Hawaii, and California", en Leland H. Towle y Thomas C. Harford, eds., *Cultural Influences and Drinking Patterns: A Focus on Hispanic and Japanese Populations*, National Institute on Alcohol Abuse and Alcoholism (Research Monograph núm. 19), Rockville, MD, pp. 197-220.
- COMAROFF, JOHN L.  
1996 "Ethnicity, Nationalism, and the Politics of Difference in an Age of Revolution", en Edwin N. Wilmsen y Patrick McAllister, eds., *The Politics of Difference: Ethnic Premises in a World of Power*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 162-183.
- DAS, VEENA  
1995 "National Honor and Practical Kinship: Unwanted Women and Children", en Faye D. Ginsburg y Rayna Rapp, eds., *Conceiving the New World Order: The Global Politics of Reproduction*, University of California Press, Berkeley, pp. 212-233.
- DELANEY, WILLIAM Y GENEVIEVE AMES  
1993 "Integration and Exchange in Multidisciplinary Alcohol Research", en *Social Science and Medicine*, vol. 37, núm. 1, pp. 5-13.
- DEWALT, BILLIE  
1979 "Drinking Behavior, Economic Status, and Adaptive Strategies of Modernization in a Highland Mexican Community", en *American Ethnologist*, vol. 6, núm. 3, pp. 510-530.
- FABIAN JOHANNES  
1983 *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Colombia University Press, Nueva York.
- FIRTH, RAYMOND  
1951 *Elements of Social Organization*, Beacon Press, Boston [1963].
- FRANKENBERG, RONALD  
1993 "Risk: Anthropological and Epidemiological Narratives of Prevention", en Shirley Lindenbaum y Margaret Lock, eds., *Knowledge, Power and Practice. The Anthropology of Medicine and Everyday Life*, University of California Press, Berkeley, pp. 219-242.
- GIBSON, CHARLES  
1964 *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*, Stanford University Press, Stanford.
- GILBERT, M. JEAN  
1985 "Mexican-Americans in California: Intracultural Variation in Attitudes and Behavior Related to Alcohol", en Linda A. Benett y Genevieve M. Ames, eds., *The American Experience with Alcohol: Contrasting Cultural Perspectives*, Plenum, Nueva York, pp. 255-277.
- 1991 "Acculturation and Changes in Drinking Patterns Among Mexican-American Women: Implications for Prevention", en *Alcohol Health and Research World*, vol. 15, núm. 3, pp. 234-238.
- GILBERT, M. JEAN, ED.  
1988 *Alcohol Consumption among Mexicans and Mexican Americans: a Binational Perspective*, Spanish Speaking Mental Health Research Center, University of California, Los Angeles.
- GILBERT, M. JEAN Y RICHARD C. CERVANTES  
1987a "Patterns and Practices of Alcohol Use Among Mexican Americans: A Comprehensive Review", en M. Jean Gilbert y Richard C. Cervantes, eds., *Mexican Americans and Alcohol*, Spanish Speaking Mental Health Research Center, University of California, Los Angeles, pp. 1-60.
- 1987b "Alcohol Services for Mexican Americans: A Review of Utilization Patterns, Treatment Considerations and Prevention Activities", en M. Jean Gilbert y Richard C. Cervantes, eds., *Mexican Americans and Alcohol*, Spanish Speaking Mental Health Research Center, University of California, Los Angeles, pp. 61-93.
- GOOD, BYRON J.  
1994 *Medicine, Rationality, and Experience. An Anthropological Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GUTMANN, MATHEW C.  
1996 *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*, University of California Press, Berkeley.
- HARRISON, MARK  
1994 *Public Health in British India: Anglo-Indian Preventive Medicine 1859-1914*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HEATH, DWIGHT B.  
1987 "Anthropology and Alcohol Studies: Current Issues", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 16, pp. 99-120.
- 1989 "Environmental Factors in Alcohol Use and its Outcomes", en H. Werner Goedde y Dharam P. Agarwal, eds., *Alcoholism: Biomedical and Genetic Aspects*, Pergamon Press, Nueva York, pp. 312-324.
- 1991 "Uses and Misuses of the Concept of Ethnicity in Alcohol Studies. An Essay in Deconstruction", en *International Journal of the Addictions*, vol. 25, núms. 5a y 6a, pp. 607-628.
- HERZFELD, MICHAEL  
1987 *Anthropology through the Looking-Glass: Critical Ethnography in the Margins of Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1992 "La Práctique des stéréotypes", en *L'Home*, vol. 37, núm. 1, pp. 67-77. [Traducido como "The Practice of Stereotypes", en *Cultural Intimacy: Social Poetics in the Nation-State*, Routledge, Nueva York, 1997.]
- HILLIER, SHEILA Y DAVID KELLEHER  
1996 "Considering Culture, Ethnicity and Politics of Health", en David Kelleher y Sheila Hillier, eds., *Researching Cultural Differences in Health*, Routledge, Londres, pp. 1-10.

- JANES, C. Y G. AMES  
1992 "Ethnographic Explanations for the Clustering of Attendance, Injury and Health Problems in a Heavy Machinery Assembly Plant", en *Journal of Occupational Medicine*, vol. 34, núm. 10, pp. 993-1003.
- JELLINEK, E. M.  
1962 "Cultural Differences in the Meaning of Alcoholism", en David J. Pittman y Charles R. Snyder, eds., *Society, Culture and Drinking Patterns*, John Wiley and Sons, Nueva York, pp. 382-388.
- JOHNSON, RONALD C. Y CRAIG T. NAGOSHI  
1990 "Asians, Asian-Americans and Alcohol", en *Journal of Psychoactive Drugs*, vol. 22, núm. 1, pp. 45-52.
- KEARNEY, MICHAEL  
1995 "The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 24, pp. 547-565.
- KEEFE, SUSAN E.  
1979 "Urbanization, Acculturation, and Extended Family Ties: Mexican Americans in Cities", en *American Ethnologist*, núm. 6, pp. 349-365.
- KELLEHER, DAVID  
1996 "A Defense of the Use of the Terms 'Ethnicity' and 'Culture'", en David Kelleher y Shiela Hillier, eds., *Researching Cultural Differences in Health*, Routledge, Londres, pp. 69-90.
- KLEINMAN, ARTHUR Y JOAN KLEINMAN  
1996 "The Appeal of Experience; The Dismay of Images: Cultural Appropriations of Suffering in Our Times", en *Daedalus*, vol. 125, núm. 1, pp. 1-23.
- LEE, J. A.  
1987 "Chinese, Alcohol, and Flushing: Sociohistorical and Biobehavioral Conditions", en *Journal of Psychoactive Drugs*, vol. 19, núm. 4, pp. 319-327.
- MARTIN, EMILY  
1994 *Flexible Bodies: Tracking Immunity in American Culture from the Days of Polio to the Age of AIDS*, Beacon, Boston.
- MENÉNDEZ, EDUARDO  
1987 *Alcoholismo II: La alcoholización, un proceso olvidado... patología, integración funcional o representación cultural*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.  
1990 *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*, Alianza Editorial, México.  
1991 "Alcoholismo y proceso de alcoholización; la construcción de una propuesta antropológica", en *Antropología del alcoholismo en México: Los límites culturales de la economía política, 1930-1979*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- MOLINA, VALENTÍN P., LUIS A. BERRUECOS V. Y LUIS SÁNCHEZ M.  
1985 *El alcoholismo en México. II. Aspectos sociales, culturales y económicos*, Fundación de Investigaciones Sociales, México.
- NEGENGAST, CAROLE Y MICHAEL KEARNY  
1990 "Mixtec Ethnicity: Social Identity, Political Consciousness, and Political Activism", en *Latin American Research Review*, vol. 25, núm. 2, pp. 61-91.
- OGATA, MOTOI Y TOORU TSUNODA  
1988 "Flushing among the Japanese", en Leland H. Towle y Thomas C. Harford, eds. *Cultural Influences and Drinking Patterns: A Focus on Hispanic and Japanese Populations*, National Institute on Alcohol Abuse and Alcoholism (Research Monograph núm. 19), Rockville, MD, pp. 179-96.
- REDFIELD, ROBERT, RALPH LINTON Y MELVILLE J. HERSKOVITS  
1936 "Memorandum on the Study of Acculturation", en *American Anthropologist*, núm. 38, pp. 149-152.
- RIVAS, MILAGROS  
1987 "Similarities and Differences in Alcohol Use and Abuse Among Hispanic and Non-Hispanic Drinkers", en Merrill Singer, Lani Davison y Fuat Yalin, eds., *Alcohol Use and Abuse among Hispanic Adolescents*, Hispanic Health Center, Hartford, CT, pp. 37-43.
- ROOM, ROBIN  
1985 "Foreword", en Linda A. Bennett y Genevieve M. Ames, eds., *The American Experience with Alcohol: Contrasting Cultural Perspectives*, Plenum, Nueva York, pp. xi-xvii.  
1988 "Cross-Cultural Research in Alcohol Studies: Research Traditions and Analytical Issues", en Leland H. Towle y Thomas C. Harford, eds., *Cultural Influences and Drinking Patterns: A Focus on Hispanic and Japanese Populations*, National Institute on Alcohol Abuse and Alcoholism (Research Monograph núm. 19), Rockville, MD, pp. 9-40.
- ROUSE, ROGER  
1991 "Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism", en *Diaspora*, vol. 1, núm. 1, pp. 8-23.
- SCHEPER-HUGHES, NANCY Y MARGARET LOCK  
1987 "The Mindful Body: A Prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology", en *Medical Anthropology Quarterly*, vol. 1, núm. 1, pp. 6-41.
- SINGER, MERRILL  
1987 "Keynote Talk", en Merrill Singer, Lani Davison y Fuat Yalin, eds., *Alcohol Use and Abuse among Hispanic Adolescents*, Hispanic Health Center, Hartford, CT., pp. 19-27.
- STIVERS, RICHARD  
1976 *A Hair of the Dog: Irish Drinking and American Stereotype*, Pennsylvania State University Press, University Park.
- STOLCKE, VERENA  
1995 "Talking Culture: New Boundaries, New Rhetorics of Exclusion in Europe" (with commentaries), en *Current Anthropology*, vol. 36, núm. 1, pp 1-24.
- TAX, SOL  
1952 *Heritage of Conquest: The Ethnology of Middle America*, Free Press, Glencoe, IL.
- TAYLOR, WILLIAM B.  
1979 *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford University Press, Stanford.
- THURNWALD, RICHARD  
1932 "The Psychology of Acculturation", en *American Anthropologist*, núm. 34, pp. 557-69.
- TROTTER II, ROBERT T.  
1985 "Mexican-American Experience with Alcohol: South Texas Examples", en Linda A. Bennett y Genevieve M. Ames, eds., *The American Experience with Alcohol: Contrasting Cultural Perspectives*, Plenum, Nueva York, pp. 279-296.
- WOLFF, P. H.  
1972 "Ethnic Differences in Alcohol Sensitivity", en *Science*, núm. 175, pp. 449-450.  
1973 "Vasomotor Sensitivity to Ethanol in Diverse Mongoloid Populations", en *American Journal of Human Genetics*, núm. 25, pp. 193-199.

## Apéndice

**Tabla 1**  
**Sistema de Información en Alcohol y Drogas de California (CAADS)**  
**Sistema de clasificación para “raza”**

---

01	Blanco
02	Negro/Afroamericano
03	Amerindio
04	Indígena de Alaska
05	Asiático hindú
06	Camboyano
07	Chino
08	Filipino
09	Guamaniano
10	Hawaiano
11	Japonés
12	Coreano
13	Laosiano
14	Samoano
15	Vietnamita
16	Otros asiáticos
17	Otras razas

---

**Tabla 2**  
**Sistema de Información en Alcohol y Drogas de California (CAADS)**  
**Sistema de clasificación para “etnicidad”**

---

1	No hispano
2	Mexicano/México-norte- americano (chicano)
3	Cubano
4	Puertorriqueño
5	Otros hispanos/latinos

---